

La comunidad iberoamericana de naciones

Ignacio Medina Núñez*

En las primeras páginas de este libro, el Dr. Tomás Calvo Buezas tiene una frase muy contundente: “La construcción de la comunidad iberoamericana, más fraternal y solidaria, constituirá el desafío del próximo milenio”. Esto lo dice al hablar de este proyecto de comunidad (Cfr. Calvo, 1998:19) en el libro que hoy presentamos con el título *La patria común iberoamericana. Amores y desamores entre hermanos*. Esta tesis está haciendo referencia a una realidad que señalaba la declaración de la I Cumbre de presidentes y jefes de gobierno iberoamericanos, realizada en Guadalajara en 1991: se decía entonces que “representamos un vasto conjunto de naciones, que comparten raíces y rico patrimonio de una cultura fundada en la suma de pueblos, credos y sangres diversas. A 500 años de distancia de nuestro primer encuentro, y como uno de los grandes espacios que configuran el mundo de nuestros días, estamos decididos a proyectar hacia el tercer milenio la fuerza de nuestra comunidad”.

Éste es el marco bajo el cual podemos acercarnos a este libro tan sugerente, cuya riqueza no se encuentra sólo en la formulación del autor o en la referencia que podemos hacer a otros escritores nota-

◆ Es Profesor Investigador del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, UdeG.

Calvo Buezas, Tomás
La patria común iberoamericana. Amores y desamores entre hermanos.
Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura y la Junta de Extremadura.
Madrid, España, 1998.



bles como Carlos Fuentes, quien en su libro *El Espejo Enterrado* también sostiene la tesis de que en esta parte del continente, los habitantes, más que reconocidos como latinoamericanos, deberíamos ser llamados “afroindoiberoamericanos”. Ciertamente lo fundamental del libro no hay que buscarlo en la referencia a grandes escritores que estén convencidos del futuro de la patria iberoamericana, sino sobre todo en un extenso trabajo que se realizó en 21 países, a partir de un cuestionario que se aplicó a 43,816 escolares niños y jóvenes durante el período de 1991 a 1997. Entre las diferentes encuestas nacionales, 36,516 de ellos pertenecen a América Latina, 7,300 a Europa (de los cuales 5,168 son de España y 2,132 son de Portugal). Habría que notar el detalle de que Cuba no pudo ser incluida y de que sí se toma en cuenta a Puerto Rico, aunque oficialmente el país no esté incluido en los países que asisten a las Cumbres.

El libro, entonces, contiene la sistematización de las opiniones vertidas por niños y jóvenes escolarizados, en cuyo patrimonio de incalculable valor se cifra el futuro de esta comunidad.

Para quien quiera profundizar en la metodología utilizada en todos estos cuestionarios existe un apartado interesante sobre todo en relación al análisis comparativo, del cual, en este caso, sus resultados ofrecen un nivel de confianza del 95.5% En cada cuestionario se realizaron 73 preguntas cerradas con un espacio libre para comentario abierto. Y a través de las preguntas y respuestas de todos estos jóvenes tenemos un material de gran riqueza para el análisis de esta patria común, en donde este libro ofrece un primer acercamiento.

Las diversas preguntas están aglutinadas en 4 partes: en la primera se nos presentan las imágenes

que tienen España y América entre ellas; en la segunda encontramos los amores y desamores entre los países hermanos; la tercera parte nos ofrece las categorías más influyentes en la visión negra o rosada de la colonización; la cuarta parte son los testimonios libres de los jóvenes, con ilustraciones de ellos mismos como comentarios a la encuesta.

Leer el presente libro representa ciertamente un viaje maravilloso por la diversidad de nuestras naciones para tratar de encontrar algo común dentro de ellas. Mencionaba Darcy Ribeiro, en 1993, las siguientes palabras referidas a la situación de los países de América Latina: “Todavía hoy, los latinoamericanos vivimos como si fuéramos un archipiélago de islas que se comunican por mar y por aire y que con más frecuencia se vuelcan hacia afuera, a los grandes centros económicos mundiales, que hacia dentro. Las mismas fronteras latinoamericanas corriendo a lo largo de la cordillera desértica o de la selva impenetrable aíslan más que comunican y raramente posibilitan una convivencia masiva. Pese a estos factores de diversificación, un motor de unidad e integración opera en América Latina, tendiente a uniformarla y unificarla. Ello deviene de que sea el producto de un mismo proceso civilizatorio –la expansión ibérica– que aquí implantó sus retoños, con prodigiosa capacidad de crecer y multiplicarse”. Podemos citar también la perspectiva del chileno José Donoso al señalar que, en Latinoamérica, “nosotros mantenemos una identidad que hay que defender, una identidad frágil, una identidad vulnerable que hay que estar constantemente vigilando y defendiendo y redefiniendo” (Donoso, en el libro de Sergio Marras: América Latina, marca registrada. Universidad de Guadalajara, México. 1992:290).



Hablando precisamente de América Latina, existe ciertamente desde el siglo pasado esa tradición de una patria común inspirada por Miranda y Bolívar, aunque haya fracasado en la práctica la unión de las repúblicas y se haya producido más bien una balcanización de naciones, en muchas ocasiones con graves conflictos entre ellas. El nombre general que fue logrando la identidad de estas naciones fue el de América Latina, introducido por los franceses, pero aceptado en la terminología oficial de los Estados y en el lenguaje común de los pueblos. En principio son 19 las naciones comprendidas en este concepto.¹ La visión de Bolívar tuvo su continuidad en el pensamiento de José Martí a finales del siglo XIX (aunque él utilizó el concepto de “Nuestra América” para expresar el conjunto de países que van de la tierra del fuego al río Bravo, puesto que ya Estados Unidos se había apoderado de gran parte del territorio antiguo mexicano), en donde se planteaba todavía el deseo de la independencia frente a las potencias coloniales (España, de manera particular con Cuba) y la no sujeción al poder neocolonial de los sajones representados por Estados Unidos.

A finales del siglo XX, con el avance de las propuestas sobre la integración en donde el Estado-nación se encuentra seriamente cuestionado y en evolución hacia formas regionales de cooperación, está quedando más claro que numerosos territorios

¹ Las 19 naciones latinoamericanas son las siguientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Venezuela (además se pueden contar a Haití y Puerto Rico). Roberto Fernández Retamar utiliza el término de una manera más amplia porque “incluye no sólo a pueblos de relativa filiación latina, sino también a otros, como los de las Antillas de lengua inglesa u holandesa y, por supuesto, los grandes enclaves indígenas” (En Zea, 1993:300).

pequeños como naciones independientes no pueden subsistir de manera aislada. La cooperación entre naciones, sobre todo en el ámbito económico y político, es la clave de la supervivencia en el mundo de la globalización. ¿Resurge de nuevo la idea de Bolívar sobre una nación de repúblicas? Roberto Fernández Retamar afirma convencido que con el sueño de Bolívar “no se trata tanto de un proyecto que ha fracasado como de un proyecto que se ha pospuesto. Las razones por las que no pudo realizarse en tiempos de Bolívar son objetivas y claras... Dispersos en un continente vastísimo, no había ni estructuras ni condiciones sociales, económicas o geográficas para que pudieran realizarse los proyectos de Bolívar. Era materialmente imposible que Bolívar hubiera logrado hacer los Estados Unidos de América del Sur” (Fernández T., en Marras Sergio. Idem. 1992:312). No será la misma idea de Bolívar, pero hay un proyecto que se mantiene inspirado en sus luchas. El punto de partida de este proyecto es precisamente la identidad cultural que se ha forjado en tiempos de la colonia para independizarse también en el siglo XIX. Para Fernández Retamar, hay una contribución inicial de Andrés Bello porque se suele decir que fue él, “con su Alocución a la Poesía, quien inauguró lo que podría llamarse la independencia cultural de nuestra América; sin embargo, –dice– yo creo que esa independencia cultural la inició Bolívar... Él vio con claridad, en la Carta de Jamaica, la especificidad nuestra y la necesidad de atenerse a esa especificidad” (Fernández R, en Marras Sergio. Idem, 1992: 307). El mismo Fernández Retamar insiste en el segundo aspecto que sostenemos en este artículo: en una identidad que se sigue haciendo. “Yo creo –sostiene– que sí existe una identidad llamémosla lati-



noamericana a la que se refieren muchos textos, por ejemplo, el texto de Nuestra América, de Martí. Es una declaración de la identidad latinoamericana, pero en un sentido progresivo, en un gerundio. No es una cosa que existe de una vez y para siempre, sino una cosa que se va haciendo a través de lo que se suele llamar nuestro sincretismo” (Idem:333).

Una anécdota cultural puede ser ilustrativa: durante la Feria Internacional del Libro en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México, el cantante puertorriqueño Willy Colón, el día 1 de diciembre de 1998, deleitando a varios miles de espectadores con su ritmo de salsa, en una interrupción dentro de su concierto, preguntó a la multitud: “¿Cuántos latinoamericanos hay aquí?”. Dentro de la explanada al aire libre en una noche estrellada, prácticamente todos los que estábamos presentes levantamos la mano de manera unánime. El cantante solamente comentó en voz alta: “América Latina: una sola casa”, y continuó interpretando alegremente sus canciones al ritmo de salsa.

Pero en el siglo pasado, esta parte del continente estuvo contrapuesta con España a través de todo el período de independencia que culminó finalmente en el caso de Cuba. No era posible hablar de una comunidad entre Latinoamérica y España, aunque había menos contraposición entre Brasil y Portugal por la manera en que entre ellos se logró la independencia. Sin embargo, a finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX se ha dado todo un proceso de acercamiento cultural de América Latina con España y Portugal, al mismo tiempo que se ha clarificado en muchos momentos la contraposición más bien con el proyecto de Estados Unidos, que tiene sus orígenes en la doctrina Monroe y que se expresó durante muchas décadas

en el modelo panamericano de integración. Víctor Manuel Haya de la Torre, por ejemplo, rechaza por igual el concepto de Panamérica como el de Hispanoamérica; el primero debido al imperialismo estadounidense, y el segundo por los resabios de la colonia.

De hecho, cuando se convoca la primera Cumbre Iberoamericana en 1991 en el acercamiento de la conmemoración de los 500 años del descubrimiento, se manifestó una euforia sin precedentes, al ser la primera ocasión (salvo aquel fracasado intento de Bolívar en Panamá, en 1826) en que se podían reunir los países latinoamericanos (en esa ocasión junto a España y Portugal) sin mediar la convocatoria del gobierno de Estados Unidos. Ya antes Carlos Fuentes y Octavio Paz habían utilizado en numerosas ocasiones el nombre de Iberomérica para resaltar la identidad cultural que nos une, pero, a partir de las Cumbres,² que no han dejado de realizarse año con año desde 1991, el concepto también se está convirtiendo en proyecto de integración, logrando una articulación entre la tradición latinoamericana y la península ibérica. Por ello, el Prof. Calvo Buezas es capaz de decir en su libro: “El destino de nuestro pasado histórico, así como el kairós del presente y del futuro en un mundo globalizado e interrelacionado, nos obliga a construir con tesón y esperanza utópica una patria común iberoamericana, con dos orillas y un solo horizonte, que una la diversidad de todos los países iberoamericanos” (Calvo B., 1998:555).

2 Las Cumbres Iberoamericanas comenzaron en Guadalajara, México, en 1991, y han perdurado anualmente: Madrid, España, en 1992; Salvador de Bahía, Brasil, en 1993; Cartagena de Indias, Colombia, en 1994; San Carlos de Bariloche, Argentina, en 1995; Viña del Mar, en Chile, en 1996; Isla Margarita, en Venezuela, en 1997; Oporto, en Portugal, en 1998; la programada en La Habana, Cuba, en 1999.



En estas cumbres, tenemos a 21 países convocados: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Venezuela, España y Portugal. Por su cultura y su origen hispanoamericano, el Prof. Tomás Calvo Buezas incluye también a Puerto Rico, aunque no sea invitado a las Cumbres de presidentes y jefes de Estado. Esta estrategia se suma al proyecto latinoamericano. En esta misma perspectiva coinciden otros autores al decir que “las cumbres iberoamericanas están llamadas a desempeñar un papel mucho más importante si tenemos en cuenta que pueden constituir un elemento diferenciador de las propuestas norteamericanas y un elemento complementario y enriquecedor de las iniciativas europeas” (Tomás Malo, en AUNA, Boletín Electrónico Semanal. 26 abril 1999).

La convergencia de los dos proyectos, el ibero y el latinoamericano, se han hecho presentes en este tipo de cumbres proyectando un tipo de integración más horizontal: “Junto a la afirmación de variedad nacional, étnica, política, geográfica, hay que afirmar la unidad de América Latina, que es una coordinada de identificación que liga y da una totalidad convergente a todo ese mosaico variado de múltiples culturas, étnicas, naciones y pueblos. Y en esa síntesis cultural-histórica también hay que situar –siempre como hermanas iguales– a Portugal y España” (Calvo, 1998:21).

En toda esta dinámica se inserta el valioso trabajo detrás de la edición de este libro. No es pura contemplación, sino que al mismo tiempo que recaba datos y describe, se convierte en un proyecto cultural para el siglo XXI. Por ello, el Prof. Tomás Calvo culmina

con el convencimiento de que “con esta inter-comunicación de miles de jóvenes y cientos de maestros, hemos colaborado con un granito de arena a construir la fraterna y solidaria comunidad iberoamericana” (Calvo B., 1998:552). 🇪🇺